PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

VII

SI LA VIRTUD PUEDE ENSEÑARSE • SOBRE LA VIRTUD MORAL • SOBRE EL REFRENAMIENTO DE LA IRA • SOBRE LA PAZ DEL ALMA • SOBRE EL AMOR FRATERNO • SOBRE EL AMOR A LA PROLE • SI EL VICIO PUEDE CAUSAR INFELICIDAD • SI LAS PASIONES DEL ALMA SON PEORES QUE LAS DEL CUERPO • SORE LA CHARLATANERÍA • SOBRE EL ENTROMETIMIENTO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS POR
ROSA MARÍA AGUILAR



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 214

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por JORGE BERGUA CAVERO.

Depósito Legal: M. 37658-1995.

ISBN 84-249-1601-8. Obra completa.
ISBN 84-249-1789-8. Tomo VII.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1995. — 6705.

INTRODUCCIÓN

Las obras que contiene este volumen están casi en su totalidad representadas en el apartado que Ziegler[1] calificó como escritos ético-filosóficos populares. No diríamos tanto nosotros de todas, pues, si el calificativo de popular puede convenir a la mayoría de ellas, creemos que un tratado de una envergadura como la de *Sobre la virtud moral (De virtute morali)* se escapa a tal encasillamiento por su propio contenido y por la índole de su exposición, de un carácter doctrinal, escueto y seco, como pocas veces ofrece el de Queronea.

Semejanzas mayores son las que se hallan en el grupo que, a nuestro ver, constituyen *Sobre el refrenamiento de la ira (De cohibenda ira), Sobre la paz del alma (De tranquillitate animi), Sobre el amor fraterno (De fraterno amore), Sobre la charlatanería (De garrulitate)* y *Sobre el entrometimiento (De curiositate).* En estos tratados se expone la naturaleza de algunos grandes o pequeños vicios y se dan consejos para su curación o bien se desarrollan doctrinas para vivir en paz con uno mismo o con la familia. La exposición en ellos es bastante sistemática, pero la posible aridez de la doctrina se ve aliviada por la riqueza del anecdotario inser-

[1] K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia, Realencyclopädie* XXI 1, 1951, col. 768 sigs.

tado a todo lo largo de cada obra, lo que hace a muchas de estas obras de las más amenas de nuestro autor. Casos levemente diferentes son dentro de este apartado el del *Sobre el refrenamiento de la ira* y el del *Sobre el amor fraterno.* En el primero nos encontramos con el género diálogo, pero solamente en apariencia. Tras un primer intercambio de impresiones entre Sila y Fundano, el diálogo se decanta en una larga exposición de Fundano que sólo se interrumpe con el fin de su teorización sobre los medios para dominar el vicio de la ira. En este tratado no hay una exposición previa sobre la índole de este vicio —que se hallaría, en cambio, en el perdido *Perì orgês*— sino solamente el tratamiento para lograr su dominio. El segundo de ellos es uno de los opúsculos morales más gratos, a nuestro ver, del filósofo de Queronea. En él se encuentran una espontaneidad, una frescura y veracidad que serían comparables a los rasgos que hallamos en los consuelos que prodiga a su mujer en su *Consolatio ad uxorem,* debidos en uno y otro caso al amor que prodigaba a su familia y que vemos reflejados en el primero en sus alusiones a su hermano Timón.

Un caso distinto es, aun cuando pueda confundir su título, el tratadito *Sobre el amor a la prole.* Sin duda el no estar completo es la causa de que nos cuente poco más que es mayor el amor a su progenie en el hombre que entre los animales, aunque se expongan hermosos ejemplos del amor de las bestias por sus crías. La obra parece inacabada y su texto se presenta muy corrompido. Por otra parte su estilo cuadra más que nada con el de los ejercicios retóricos, y las dificultades en su datación no aclaran tampoco el problema.

Las tres restantes obras que constituyen este volumen son todas ellas igualmente breves e incompletas. Sobre dos de ellas, *Si el vicio puede causar infelicidad (An vitiositas ad infelicitatem sufficiat)* y *Si las pasiones del alma son*

peores que las del cuerpo (Animine an corporis affectiones sint peiores), ya Wilamowitz[2] formuló la teoría de que ambas formarían parte de una sola obra mayor, siendo la primera de las dos continuación de la segunda. Esta hipótesis, que no halló fortuna, ha sido retomada en cierta manera y con mayores vuelos por Adelmo Barigazzi[3]. Este autor supone que no sólo estos opúsculos sino también los tratados *Sobre la fortuna (De fortuna), Si la virtud puede enseñarse (An virtus doceri possit)*[4] y *Sobre la virtud y el vicio (De virtute et vitio)* —de los cuales sólo el segundo forma parte de este volumen— provendrían de una misma obra fragmentada. El orden en que habría que leer estos fragmentos sería *De fort., An virtus, Animine an corporis, An vitiositas* y por último *De virt. et vit.* A su juicio, todos ellos revelan el ejercicio de la retórica como otros productos de la etapa de juventud de Plutarco y podría convenirles un título como *De virtute, an docenda sit (Perì aretês, ei didaktéon).* Subtítulos en la obra la habrían llevado a la fragmentación en piezas independientes en una época situable entre la publicación del catálogo de Lamprias (s. III/IV d. C.) y la edición de Máximo Planudes (s. XIII de nuestra era). El contenido sobre la virtud habría favorecido su difusión en el cristianismo. Incluso, recuerda, el número 180 del catálogo de Lamprías es *Perì aretês, ei didaktéon hē aretḗ.* En suma, no se trataría aquí de un tratado moral, sino de una declama-

---

[2] U. von Wilamowitz, *Hermes* XI (1905), 161-176 (= *Kleine Schriften* IV, págs. 208-212).

[3] A. Barigazzi, «Per il ricupero di una declamazione di Plutarco sulla virtù», *Prometheus* 13 (1987), 47-71.

[4] También G. Siefert, *Commentationes Ienenses* 1896, págs. 102-105 (*apud* Helmbold, *op. cit. infra*, pág. 2), ha sostenido que Plutarco escribió el *An virtus...* en relación con *De fortuna* y que aquél no está mutilado sino inacabado.

ción sobre la virtud. La exposición de esta teoría aparece bien fundada y resulta atractiva, ya que sirve también para eludir el cómodo recurso de calificar todos estos textos fragmentarios de apuntes sin desarrollar o de obras incompletas publicadas póstumamente por herederos. Sin embargo, por más atractiva que resulte tal teoría, no puede dejar de ser más que una suposición plausible, pero no fácilmente demostrable.

Los diez tratados que figuran en este volumen se encuentran en el *Corpus Planudeum,* conservado en el códice *Parisino* E, y son respectivamente los números 55, 52, 9, 11, 13, 46, 45, 19, 14 y 10. El orden de los tratados en nuestra traducción responde al de la edición estefaniana. La tradición manuscrita es muy amplia y solamente pretendemos mostrar un esbozo de ella. En su conjunto es una colección de casi cincuenta códices, repartidos en tres familias. De la primera, que representa la tradición más antigua, el manuscrito principal es un palimpsesto, el *Laurentianus* 69 (L) del s. x, muy mutilado, del cual es copia el *Parisinus gr.* 1955 (C) (s. xi-xii). La segunda familia, muy compleja, tiene varios grupos entre los que se encuentran el *Marcianus gr.* 249 (Y) (s. xi-xii) y los *Mosquenses SS. Synodi gr.* 501 y 502 (M y N) del s. xii en el primero de éstos, manuscritos de los que, con diversas alteraciones, derivan los demás. La tercera representa la tradición de Planudes y en ella se encuentran el *Ambrosianus gr.* 859 (α) poco anterior a 1296, el *Parisinus gr.* 1671 (A) del s. xii y el *Parisinus gr.* 1672 (E) del xiv, poco anterior al 1302. El propio *Mosquensis gr.* 501, de la familia segunda, parece haber sido corregido por el propio Planudes. Con esta familia y, en concreto, con el *Ambrosianus gr.* 859 parece relacionarse ε (el *Matritensis* 4690, antiguo N 60) de la Biblioteca Nacional, fechado por Gregorio de

Andrés[5] en el s. XIII. En él se hallan algunos de los tratados que se traducen en este volumen, a saber, por este orden: *De cur.*, *Anim. an corp. affect.*, *De gar.*, *De coh. ira*, *De tranq. an.*, *De frat. am.*, *De virt. mor.* También en la Biblioteca de El Escorial se hallan el *Anim. an corp. affect.* (5, antes R. I. 5) así como un *excerptum* del *De frat. am.* en el 339. Ambos códices son tardíos.

En cuanto a las traducciones de estas obras puede decirse con certeza que no se ha conocido ningún esfuerzo para su versión directa del griego al castellano desde el s. XVI hasta nuestros días[6]. Fue Diego Gracián de Alderete, secretario del emperador Carlos V, quien en 1533 publicó los *Apothegmas del excelentisimo Philosopho y Orador Plutarco Cheroneo* en Alcalá de Henares, traducción de la que da cuenta M. Menéndez y Pelayo, advirtiendo que no había llegado a sus manos[7]. Sí conocía, en cambio, la de 1548 como asimismo la reedición de 1571 con adición de ocho obras más, a las que dedica grandes elogios. En estas versiones de

---

[5] *Catálogo de los Códices Griegos de la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1987, págs. 249-251.

[6] Véase C. GARCÍA GUAL, «Dos poemas de encomio a la primera versión castellana de las *Obras morales* de Plutarco», en A. PÉREZ JIMÉNEZ, G. DEL CERRO CALDERÓN (eds.), *Estudios sobre Plutarco. Obra y tradición. (Actas del I Symposion español sobre Plutarco)*, Málaga, 1990, pág. 280 y n. 5.

[7] M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Biblioteca de Traductores Españoles*, II, Santander, 1952, págs. 179-180. Ficha completa de la obra de A. PALAU Y DULCET en el *Manual del librero hispano-americano*, ofreciendo a continuación el contenido, en el que figuran, tras los *Apotegmas*, las demás obras de los *Moralia* que aparecen en la edición de 1548. Se trata de una confusión del viejo librero catalán de esta primera traducción de sólo los *Apotegmas*, de 1533, con la de 1548, también impresa en Alcalá, en la que figuran las otras obras mencionadas, cosa que hemos podido verificar en la Biblioteca Nacional, donde se halla esta preciosa edición de 1533 que Menéndez y Pelayo no llegó a conocer.

los *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana* se hallan parcialmente los tratados que se publican en este volumen. No sabemos bien cuál fue el criterio que llevó a Gracián a hacer esta selección, pues si hubiera sido el de no considerar algunas de ellas, como apunta Menéndez y Pelayo[8], verdaderamente apropiadas a este título, sí habría tenido en cuenta tratados como *Sobre el amor fraterno* o *Sobre la charlatanería* que no aparecen en su traducción. Los que corresponden con este volumen son por el orden en que en él aparecen los siguientes: *Que la virtud se puede enseñar* (fol. 180); *Cómo se ha de refrenar la yra* (fol. 149 v.); *De la tranquilidad y sossiego del ánimo* (fol. 156 v.); *Que son mayores las dolencias y passiones del ánimo que las del cuerpo* (fol. 164); *Contra los que son curiosos por saber vidas agenas* (fol. 174).

A partir del excelente estudio de J. S. Lasso de la Vega[9] sobre las traducciones de las *Vidas* parece haberse puesto de moda el vapulear la traducción de Diego Gracián[10]. Aun sin negar todos los defectos que estas versiones presentan, pensamos que las traducciones de los *Morales* deberían estudiarse más a fondo para emitir un juicio. No debemos olvidar que Gracián es un hijo de su época y que el gusto por la paráfrasis también se halla en la traducción latina de Erasmo que él tuvo a la vista. Por otra parte, que también tuviera

---

[8] *Op. cit.*, pág. 180: «... todos los cuales omitió Gracián o por creerlos de interés menos general que los que tradujo, o por juzgar, y con razón, que se les había aplicado con harta impropiedad el título de *Morales,* versando los más sobre cuestiones eruditas, ajenas a la Ética práctica, argumento de los demás libros».

[9] «Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco», *Estudios Clásicos* VI, 35 (1962), 451-514, especialmente en págs. 482 y 496-497.

[10] J. López Rueda, *Helenistas españoles del s. XVI,* Madrid, 1973, págs. 389 y 391-392.

presentes otras traducciones de los *Moralia* en lengua vernácula no parece extraño. El que pueda haber semejanzas entre traducciones en lenguas vernáculas puede deberse, a veces, a coincidencias estructurales entre ellas. En fin, el propio secretario reconocía las muchas dificultades que había encontrado en traducir a Plutarco[11], y su opinión sobre la oscuridad de pasajes y abundancia de citas podría subscribirse igualmente ahora, cuando se cuenta con mucho mejores medios.

Una traducción interesante, aunque del latín, como advierte el autor, es la que hizo Diego de Astudillo[12] del *De cohibenda ira* y que aparece a continuación de su traducción de la *Introducción a la sabiduría* de Juan Luis Vives, lo cual lleva a pensar que la traducción latina procedería de este último. Esto confirma el interés que por Plutarco sintió el círculo de erasmistas. Por último, y sólo a título de curiosidad, mencionaremos una traducción de comienzos del s. XIX de los *Morales,* cuyo autor advierte paladinamente haberla hecho del francés. Se trata de una adaptación de parte de las *Obras morales* de la que no sabemos si el traductor, Enrique Ataide, es responsable o si realmente ya tradujo tal adaptación[13]. Quizá se trate más bien de lo primero, por lo

[11] «... y el sentido escuro que tiene sacado de los escondrijos y retraymientos de todos los autores: de suerte que se podría estimar una obra de ataracea compuesta de varia entretalladura». Del prólogo a la edición de 1548 en Alcalá de Henares por Juan de Brocar, fol. 9.

[12] *Introducción a la sabiduría compuesta en latín por el Doctor Juan Luys Vives. Diálogo de Plutarcho, en el qual se tracta, como se ha de refrenar la ira. Una carta de Plutarcho que enseña a los casados como se han de auer en su bivir. Todo nuevamente traduzido en castellano por —.* En Amberes, en casa de Juan Steelsio, 1551.

[13] *Primera parte de los pensamientos morales de Plutarco, traducidos del francés al castellano por D. Enrique de Ataide y Portugal. Tomo décimo.* En Madrid, en la oficina de Aznar, año 1803. Hay luego una *Segun-*

que dice en la n. 1 a la pág. 5: «En la traducción de los Pensamientos escogidos de Plutarco, no me he sujetado a toda la precisión que hubiera guardado si hubiera emprendido la traducción de sus obras, ó de alguno de sus tratados. Era menester dar sus ideas, más bien que sus expresiones; pero si me he tomado alguna libertad, ha sido con mucho cuidado».

Para terminar, hemos de referirnos a las ediciones griegas manejadas. El texto griego seguido es el de W. C. Helmbold en el t. VI de la colección *The Loeb Classical Library.* Asimismo hemos tenido a la vista el texto griego de la edición de M. Pohlenz y W. Sieveking en la colección Teubner, cuyas lecturas se han adoptado en algún caso. También han sido de gran ayuda la edición de J. Dumortier y J. Defradas en *Les Belles Lettres* y la de *Moralia 1* de G. Pisani, tanto en algunas adopciones de lectura como en su interpretación en las traducciones. Hemos tenido en cuenta igualmente ediciones monográficas de todas las cuales se da cuenta en la Bibliografía, salvo de alguna edición reciente que no ha llegado a nuestras manos y que por ello se ha omitido.

---

da parte y, por último, una *Colección de Filósofos moralistas antiguos* que está sacada de los *Apotegmas* como luego se advierte en portada.

BIBLIOGRAFÍA*

K. Abel, «Panaitios bei Plutarch *De tranquillitate animi?*», *Rheinisches Museum* 130/2 (1987), 128-152.

D. Babut, *Plutarque et le Stoïcisme,* París, 1969.

—, *De la vertu éthique,* París, 1969.

A. Barigazzi, «Per il ricupero di una declamazione di Plutarco sulla virtù», *Prometheus* 13 (1987), 47-71.

—, (ed.), *<Se la virtù si debba insegnare>* (*La fortuna, Se la virtù si possa insegnare, Se siano più gravi le malattie dell' animo o del corpo, Se il vizio sia sufficiente a rendere infelici, La virtù e il vizio*), Nápoles, 1993.

F. Becchi, «La nozione di φρόνησις negli scritti postaristotelico-peripatetici di etica», *Prometheus* 13 (1987), 37-46.

—, *La virtù etica,* Nápoles, 1990.

—, «A proposito degli studi sugli scritti etici di Plutarco», *Atene e Roma* XXV 1 (1990), 1-16.

H. Broecker, *Animadversiones ad Plutarchi libellum* Περὶ εὐθυμίας, Bonn, 1954.

C. Brokate, *De aliquot Plutarchi libellis,* tesis doc., Gotinga, 1913.

---

* La Bibliografía que consta aquí es la que fundamentalmente se relaciona con estos tratados. Aun así también son citadas algunas obras generales que han sido empleadas. Para una Bibliografía general se remite a los otros volúmenes sobre Plutarco de esta misma Colección, donde se halla amplia información.

J. Dumortier, J. Defradas (eds.), *Plutarque, Oeuvres morales,* t. VII, primera parte, París, *Les Belles Lettres,* 1975.

R. Flacelière, *Sagesse de Plutarque,* París, 1964.

P. Fuhrmann, *Les images de Plutarque,* París, 1964.

J. García López, «Diego Gracián de Alderete, traductor de los *Moralia* de Plutarco», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo (IV Simposio de Filología Clásica),* Univ. de Murcia, 1990, págs. 155-164.

D. Gracián, *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana por —,* Alcalá de Henares, 1548.

J. J. Hartmann, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916.

G. Hein, *Quaestiones Plutarcheae,* tesis doc., Berlín, 1916.

R. Heinze, «Ariston von Chios bei Plutarch und Horaz», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 497-523.

W. C. Helmbold (ed.), *Plutarch's Moralia,* vol. VI, Londres-Cambridge (Massachusetts), 1962.

O. Hense, «Ariston bei Plutarch», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 541-554.

R. Hirzel, «Demokrits Schrift Περὶ εὐθυμίας», *Hermes* XIV (1879), 354-397.

G. Indelli, «Plutarco, Sul controllo dell' ira», *Atene e Roma* 35 (1990), 89-94.

C. P. Jones, «Towards a chronology of Plutarch's works», *Journal of Roman Studies* LVI (1966), 61-74.

R. Laurenti, G. Indelli (eds.), *Sul controllo dell' ira,* Nápoles, 1988.

W. R. Paton, M. Pohlenz, W. Sieveking (eds.), *Plutarchi Moralia,* vol. III, Leipzig, 1972[2] (reimpr. 1.ª ed. 1929).

E. Pettine, *Plutarco, La curiosità* (Περὶ πολυπραγμοσύνης), Salerno, 1977.

— (ed.), *Plutarco, La loquacità (De garrulitate)*, Salerno, 1975.

— (ed.), *Plutarco, La tranquillità del animo,* Salerno, 1984.

G. Pisani, *Plutarco, Moralia I. «La serenità interiore» ed altri testi sulla terapia dell' anima,* Biblioteca dell' Immagine, 1989.

M. Pohlenz, «Plutarchs Schrift Περὶ εὐθυμίας», *Hermes* XL (1905), 275-300.

—, «Ueber Plutarchs Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXI (1896), 321-338.

P. Rabbow, *Antike Schriften über Seelenheilung und Seelenleitung. Auf ihren Quellen untersucht. Die Therapie des Zornes,* Leipzig-Berlín, 1914.

D. A. Russell, «On reading Plutarch's *Moralia*», *Greece and Rome* 15 (1968), 130-146.

A. Schlemm, «Ueber die Quellen der plutarchischen Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXVIII (1903), 587-607.

E. L. Shields, «Plutarch and Tranquillity of Mind», *Classical Weekly* 42 (1948-49), 229-234.

G. Siefert, *De aliquot Plutarchi scriptorum moralium compositione atque indole,* Leipzig, 1896.

—, *Plutarchs Schrift* Περὶ εὐθυμίας, Progr. Pforta. Naumburg, 1908.

R. Volkmann, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* Berlín, 1869-1873.

U. von Wilamowitz-Moellendorff, «Der Tragiker Melanthios von Rhodos», *Hermes* XXIX (1894), 150-154.

K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia, Realencyclopëdie* XXI 1, 1951, cols. 636-962.

SOBRE EL ENTROMETIMIENTO

INTRODUCCIÓN

El término griego *polypragmosýnē,* que da título a este tratado y que ha sido traducido al latín como *curiositas,* presenta cierta dificultad para su versión, como ya hizo notar Aulo Gelio en sus *Noches Áticas* (XI 16). Efectivamente, hay mayor riqueza de contenido en aquella palabra que, tomada en su sentido negativo, como una pasión del alma, puede, no sin algún reparo, ser vertida por 'entrometimiento', aunque en algunos casos pueda cuadrar también con 'curiosidad' y en otros haya sido substituida por el propio autor por 'indiscreción'. Precisamente Plutarco escribió también un ensayo sobre este vicio, el *Perì periergías,* núm. 151 del «Catálogo de Lamprias», obra perdida.

Nuestro tratado, distribuido en 16 capítulos, dedica los primeros a la exposición de los males que procura esta pasión del alma, y los últimos, a partir del décimo, a los remedios para curarla, aun cuando la *áskēsis* también se introduce en algunos pasajes de los primeros capítulos. En cierto modo hay bastante paralelismo entre este esquema y el del anterior tratado, el *De garrulitate,* paralelismo que también se manifiesta en el tono ameno de la exposición, salpicada, como de costumbre, de anécdotas, si bien en un balance nos inclinaríamos por el primero de ellos que, al parecer, es posterior en composición. Ambos habrían sido

leídos ante un público de admiradores o convocado por un príncipe en alguna pequeña ciudad griega, al decir de E. Pettine [1], *in aliquo Beotiae oppido,* al decir de J. J. Hartmann [2], precisando más. Después habría venido la publicación. Como decíamos, el tratado que nos ocupa parece haber sido compuesto algo antes. En cualquier caso después del 96, año de la muerte de Domiciano, como se desprende del pasaje en que se narra la anécdota de Rústico (522D) [3]. Entra, pues, en ese amplio marco un tanto impreciso que encuadra esta obra junto con las precedentes en el reinado de Trajano [4].

En cuanto a sus fuentes, O. Hense [5] las ha perseguido exhaustivamente partiendo de la cita de Aristón (516F), a quien él identifica con el estoico Aristón de Quíos y no el de Ceos, como pensó Rohde. Rasgos de aquel autor y de la diatriba de Bión («das Gepräge Bioneisch-Aristoneisch Diatribenstil», pág. 544) estarían presentes en pasajes como el cap. 14 y a Aristón habría que remontar también como fuente del *De tranquillitate* y del *De exilio.* Su interrogación final es si ese influjo fue directo o indirecto, apuntando a Musonio, que ha sido utilizado por Plutarco en obras como *De tuenda sanitate praecepta* o *De amore prolis.* La articulación del razonar de Hense es perfecta e implacable, pues

---

[1] E. Pettine, *La curiosità,* Salerno, 1977, pág. 7.

[2] J. J. Hartmann, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916, pág. 283: «orationem hanc habitam censeo in aliquo Beotiae oppido, quod tunc sibi careret *philosopho* vel quo Plutarchus ab oppidanorum principibus esset invitatus ut vitium, quod late serpere ibi incipere, sua facundia suaque gravitate tollere tandem conaretur».

[3] Cf. C. P. Jones, «Towards a chronology of Plutarch's Works», *Journal of Roman Studies* LVI (1966), 72.

[4] Véase R. Flacelière, *Sagesse de Plutarque,* París, 1964, pág. 28.

[5] O. Hense, «Ariston bei Plutarch», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 541-554.

no ha dejado lugar alguno a una posible participación personal del propio autor, que no obstante, a nuestro ver, puede percibirse en toda la lectura de la obra en estilo como en contenido.

Este tratado es el número 97 del «Catálogo de Lamprias».

SOBRE EL ENTROMETIMIENTO

1. Quizás es lo mejor evitar una casa sin ventilación, B
sombría, o fría en invierno o insalubre. Pero si uno siente cariño por el lugar debido a la costumbre, es posible también, cambiando la iluminación, transformando la escalera, abriendo unas puertas y cerrando otras, lograr que sea más luminosa, mejor aireada, más sana. Incluso ciudades sacaron ventaja por cambios semejantes. Por ejemplo, se dice C
que mi patria, orientada al oeste y recibiendo por la tarde un sol implacable desde el Parnaso, fue vuelta hacia el naciente por Querón[1]. Empédocles, el filósofo de la naturaleza, al obstruir un desfiladero de la montaña por donde soplaba un viento del sur, pesado e insano, contra las llanuras, parece que cerró su país a la peste[2].

Pues bien, puesto que existen algunas pasiones insanas y dañinas que procuran al alma tempestad y sombra, es mejor expulsarlas y destruirlas hasta los cimientos[3], dándonos aire D

---

[1] Hijo de Apolo y de Tero (o Turo según PLUTARCO, *Vida de Sila* 17), fundador de la ciudad de Queronea. Plutarco le dio ese nombre a uno de sus hijos muerto en la infancia (*Cons. ad ux.* 609D).

[2] DIELS-KRANZ, *Die Frag. der Vors.*, I, pág. 284, A 14; cf. *Col.* 1126B.

[3] Semejante es la terapéutica en *De vitioso pudore* 529B, aunque allí el símil procede de la agricultura.

puro, luz y viento limpio. Si no es posible, en algún modo deben transformarse y adaptarse haciéndolas girar o cambiar. Así es, sin más dilación, el entrometimiento, un cierto deseo de saber los males ajenos, enfermedad que no parece estar libre de envidia ni de malicia:

¿Por qué, hombre perverso, observas con fijeza
el mal ajeno pero miras de reojo el propio?[4].

Cambia ese entrometimiento desde el exterior y vuélvelo hacia dentro. Si te alegras por manejar historias de desgracias, tienes en casa mucho entretenimiento:

Cuanta agua mana Alizón abajo u hojas en torno a una en-
[cina[5],

E tanta multitud de errores hallarás en tu vida, de pasiones en tu alma y de descuidos en tus deberes.

Pues como Jenofonte dice que los buenos administradores de su casa tienen un lugar asignado a los vasos para los sacrificios, otro para los de las comidas, en otra parte están colocados los instrumentos agrícolas, separadamente las armas de guerra[6], así también tú tienes colocados unos males provenientes de la envidia, otros de los celos, otros de la cobardía, otros de la mezquindad. ¡Ataca éstos, contempla ésos! Obstruye las ventanas y los pasos laterales del entrometimiento que dan a tus vecinos, abre otros que conduzcan a tus habitaciones de hombres, a las de las mujeres, al

---

[4] Kock, *CAF*, 359 *adesp*. Cf. *Tranq. an.* 469B, donde se citan también estos versos y el evangélico «Ver la paja en el ojo ajeno, pero no ver la viga en el propio» (Mt. 7, 3).

[5] Verso de origen desconocido. El Alizón sólo aparece citado aquí.

[6] *Económico* VIII 19, 20, aunque el autor no se refiere a esos mismos enseres.

elojamiento de los servidores. Allí tiene entretenimientos no F
inútiles ni maliciosos, sino provechosos y saludables, esa curiosidad y afán de intriga si cada uno dice para sí:

¿A dónde me volví? ¿Qué hice? ¿Qué deber no he cumpli-
[do?[7].

2. Pero en realidad, como se dice que la Lamia[8] del
cuento dormía, ciega, en su casa, con los ojos depositados 516
en un cuenco, pero que, al salir afuera, se los ponía y miraba, así cada uno de nosotros se pone fuera y para otros, como un ojo, la indiscreción en su malevolencia, pero nos golpeamos contra nuestros errores y males propios frecuentemente por ignorancia, al no buscar para ellos vista y luz. Por eso incluso para sus enemigos es bastante útil el entrometido[9], porque refuta y enuncia sus faltas y les muestra lo que deben evitar y corregir, en cambio descuida la mayoría de las de su casa por esa pasión por lo de fuera. Pues ciertamente Ulises[10] ni siquiera soportó conversar con su madre
antes de haberse informado por el adivino de aquellas cosas B
por las que fue al Hades. Después de saber esto se dirigió a ella y preguntó por las demás mujeres[11], interesándose por

---

[7] PITÁGORAS, *Carmina aurea* 42; cf. *Superst.* 168B, con la variante *parébēn* en lugar de *trapómēn.*

[8] La Lamia era originariamente un vampiro femenino que chupaba la sangre y destruía el corazón de los humanos. Se la utilizaba como un coco para asustar a los niños. Según la leyenda vivía en Libia en una caverna y era hija de Belo y Libia.

[9] Cf. *Cap. ex inim. ut.* 87B-C.

[10] *Od.* XI 88 ss. El adivino referido a continuación es Tiresias.

[11] *Od.* XI 229 ss. Tiro era hija de Salmoneo y Alcídice, que murió al darla a luz. Su madrastra Sidero la trató cruelmente. Tuvo relaciones amorosas con Posidón de las que nacieron los gemelos Pelias y Neleo. Cloris fue hija de Anfión y Níobe. Fue con Amiclas superviviente de la matanza infligida a sus hermanos por Apolo y Ártemis. El horror la dejó pálida

quién era Tiro, quién la bella Cloris y por qué murió Epicasta

atándose un lazo suspendido desde lo alto de su elevado [techo.

Pero nosotros, poniendo nuestros propios asuntos con gran negligencia e ignorancia y despreocupándonos, hacemos las genealogías de otros: el abuelo de nuestro vecino era sirio y su abuela tracia[12], fulano debe tres talentos y no ha pagado los intereses. Investigamos cosas así: de dónde ha regresado
c la mujer de mengano, de qué hablaban ése y aquél en la esquina. En cambio Sócrates deambulaba inquiriendo qué decía Pitágoras para provocar persuasión. Aristipo[13], cuando se encontró con Iscómaco en las Olimpíadas, le preguntó con qué clase de conversaciones atraía Sócrates de tal modo a los jóvenes. Al recibir algunas pequeñas semillas y muestras de sus palabras se emocionó hasta tal extremo que sufrió un desvanecimiento y se puso totalmente pálido y débil. Hasta que, sediento y ardiendo, después de navegar a Atenas, bebió de la fuente, se informó del hombre, de sus palabras y de su filosofía, cuyo fin era reconocer los vicios propios y desterrarlos.

3. Pero algunos no soportan mirar su propia vida, como
D si fuera un espectáculo muy desagradable, ni que la razón,

---

para siempre, de donde su nombre que significa 'verde'. Casó con Neleo y fue madre de Néstor. Epicasta es el nombre dado por el poema a la madre de Edipo, más conocida por Yocasta. El verso, citado después, que alude a su suicidio es el 278.

[12] Alusión al hecho de que habrían sido esclavos.

[13] Hubo dos filósofos de Cirene en el s. IV a. C. con este nombre. El más antiguo de ellos viajó a Atenas y se convirtió en seguidor de Sócrates. Se le considera fundador del Hedonismo.

como una luz, se refleje sobre nosotros mismos y vaya en derredor, sino que el alma, llena de males de toda clase, estremecida y temerosa de su interior, salta afuera y anda errante en pos de lo ajeno, nutriendo y engordando su malicia. Pues como una gallina en la casa muchas veces, con el pienso puesto a su disposición, se mete en un rincón y escarba

allí donde aparece entre el estiércol un solo grano de cebada[14],

de manera cercana los entrometidos, pasando por encima de relatos e historias que están a la vista y de cosas que nadie impide preguntar ni se molesta de que pregunten, seleccio- E
nan los males ocultos y olvidados de cada casa. Sin embargo, era una respuesta ingeniosa la del egipcio a quien le preguntaron qué llevaba envuelto: «Por eso está envuelto». Y tú entonces ¿por qué curioseas en lo oculto? Si no fuera un mal, no estaría oculto. Sin duda no es costumbre entrar en casa ajena sin llamar a la puerta. Ahora además existen porteros, antiguamente llamadores que, golpeados en las puertas, procuraban advertencia para que el extraño no se topase en medio con la señora de la casa, o con la hija doncella, o con el esclavo castigado o con las criadas chillando. Pero el entrometido se introduce para eso mismo. Uno así F
no es espectador con placer de una casa seria y bien mantenida, ni aun invitado. Pero aquello por lo que hay llave, cerrojo y puerta está él para descubrirlo y presentarlo en medio a otros. Desde luego que, como dice Aristón[15], «nos

---

[14] Verso atribuido a CALÍMACO (frag. anón. 374 SCHNEIDER) según HELMBOLD y DUMORTIER-DEFRADAS (*op. cit.*, págs. 481 y 269 respectivamente).

[15] VON ARNIM, *SVF*, I, págs. 89-90, frag. 401.

desagradan sobre todo los vientos que arrebatan nuestros vestidos». El entrometido no desviste los mantos ni las túnicas de quienes tiene cerca, sino las paredes, abre las puertas
517 del todo y se introduce y repta, como el viento «a través de la doncella de tierna piel»[16], investigando con afán delator fiestas báquicas, danzas y fiestas nocturnas.

4. Y como Cleón en la comedia:

Sus manos en los etolios, su mente en los clópidas[17],

así la mente del entrometido está, a un tiempo, en las mansiones de los ricos, en las casitas de los pobres, en las cortes de los reyes, en la habitación nupcial de los recién casados. Busca en todos los asuntos, los de los extranjeros, los de los gobernadores, investigando en éstos no sin peligro. Pero es, por poner un ejemplo, como si alguien, por curiosidad de sus cualidades, hiciera probar acónito[18], aniquilaría a quien lo gustara antes de percibir la sensación. Así los que buscan los vicios de los poderosos se destruyen antes de su cono-
B cimiento. Pues también quienes desprecian esos rayos del sol[19], abundantes y emitidos para todos, violentándose y atreviéndose a examinar imprudentemente el propio círculo y a hendir hasta dentro su luz, quedan ciegos. Por eso con razón Filípides[20], el poeta cómico, cuando le dijo en una

---

[16] Hesíodo, *Trabajos y Días* 519; cf. *Tranq. an.* 465D con cita completa.

[17] Aristófanes, *Caballeros* 79. Hay un juego de palabras intraducible entre «etolios», relacionado semánticamente por el poeta con *aitéō*, «pedir», y «clópidas» —de la raíz de *klōps*, «ladrón»—, habitantes de un demo imaginario construido sobre el de los «crópidas», que existía realmente.

[18] Cf. *Adulat.* 49E.

[19] Jenofonte, *Memorables* IV 3, 14.

[20] Véase n. 65 a *Garr.* 508C.

ocasión el rey Lisímaco: «¿De cuál de mis bienes te daré parte?», le contestó: «De cualquiera, rey, excepto de tus secretos». Pues lo más grato y bello de la realeza está situado afuera: los banquetes, las riquezas, las fiestas, los favores, pero si hay algo secreto, no te acerques ni lo remuevas. La C alegría de un rey afortunado no se oculta, ni la risa, si está de broma, ni la disposición de su generosidad y favor. Lo oculto es temible, sombrío, no provoca risa, es inaccesible, es un depósito de ira ulcerada o un cálculo de meditada venganza, celos de una mujer, sospechas de un hijo o desconfianza de un amigo. Huye de esa nube que se amontona negra: no te pasará inadvertida tronando y relampagueando cuando estalle lo que ahora está oculto.

5. ¿Qué manera hay, pues, de huir de ello? Mediante una conversión y transformación del entrometimiento, como se ha dicho[21], al volver el alma hacia cosas mejores y más gratas. Vuelve tu curiosidad a las cosas del cielo, de la tierra, del aire, del mar. ¿Te agrada por naturaleza contemplar cosas pequeñas o grandes? Si grandes, dirige tu curiosidad a D dónde se pone el sol y de dónde nace. Investiga las fases de la luna como si estuvieran en el hombre, dónde gastó tanta luz, de dónde la adquirió nuevamente, cómo:

De lo invisible surge primero nueva
embelleciendo y llenando su rostro;
y precisamente cuando aparece más radiante
de nuevo decrece y llega a nada[22].

[21] Antes en 515D.

[22] NAUCK[2], *TGF*, SÓFOCLES, frag. 787, vv. 5-8. La cita completa se halla en *Vida de Demetrio* XLV (911C-D). Véase también *Quaest. rom.* 282B.

Y éstos son secretos de la naturaleza, pero ésta no se molesta con quienes los descubren. Pero ¿has renunciado a gran-
E des cosas? Vuelve tu curiosidad a las pequeñas, cómo entre las plantas unas continuamente florecen, reverdecen y alegran en cualquier estación, manifestando su riqueza, mientras otras ahora son semejantes a ésas, ahora como un hombre pródigo, derrochando de una vez su abundancia, se quedan pobres y desnudas. Y por qué unas producen frutos oblongos, otras angulosos, otras, en fin, redondos y esféricos.

Quizás no te vas a entrometer en eso porque en eso no hay mal. Pero si tu indiscreción debe absolutamente buscar su pasto y entretenimiento en cosas viles, como un gusano entre maderas muertas, llevémosla hacia la historia y presentémosle una abundancia copiosa de males. Pues allí están:

las caídas de varones, la derrota de sus vidas[23],

F seducciones de mujeres, ataques de esclavos, calumnias de amigos, preparación de venenos, envidias, celos, naufragio de familias, caídas de imperios. Llénate y goza, sin perturbar ni entristecer a tus cercanos.

6. Pero parece que el entrometimiento no se alegra con males marchitos sino con los calientes y recientes; contempla con placer nuevas tragedias, no se mezcla muy a gusto
518 con asuntos cómicos e hilarantes. Por eso el entrometido es un oyente descuidado e indolente si alguien cuenta una boda, un sacrificio o una procesión, afirma que ha oído previamente la mayor parte y exhorta a resumir y pasar de lado la narración. Pero si alguien sentado cerca relata la seduc-

---

[23] Esquilo, *Suplicantes* 937, con un pequeño cambio; también en *Fac. lun.* 937F.

ción de una doncella, el adulterio de una esposa, la preparación de un proceso o la disputa de unos hermanos, ni dormita ni tiene ocupaciones,

busca más conversación y tiende sus oídos[24];

y el

¡Ay de mí, cuánto más el mal que la dicha
se conduce al oído de los mortales![25]

está dicho con verdad respecto a los entrometidos. Pues co- B
mo las ventosas[26] arrancan lo peor de la carne, así las orejas de los entrometidos arrastran las historias más viles. O más bien, como las ciudades tienen puertas malditas y oscuras[27], por donde sacan a los condenados y arrojan las inmundicias y las purificaciones, pero no entra ni sale por ella nada puro ni sagrado, así también las orejas de los entrometidos no dejan paso ni usan nada útil ni cortés sino palabras crueles, que acompañan relatos mancillados y dignos de expiación.

El único canto constante en mi casa
resulta un gemido[28].

Ésta es la única Musa y Sirena para los entrometidos, ésta es C
para ellos la más dulce de las audiciones.

En efecto, el entrometimiento es un afán de indagar en lo oculto y escondido, porque nadie oculta un bien después

[24] Calímaco, frag. anón. 375 Schneider (*apud* Helmbold, *op. cit.*, pág. 489).

[25] Nauck², *TGF*, *adesp.* 386.

[26] *Quaest. rom.* 271A.

[27] Cf. *Tranq. an.* 469B y *Exil.* 600C.

[28] Cf. *Coh. ira* 463B.

de adquirido, cuando incluso se finge lo que no se posee. El entrometido, al desear relatos de desgracias, está poseído por la pasión de la alegría por el mal ajeno, hermana de la envidia y de la denigración. Pues la envidia es tristeza por los bienes ajenos, la alegría maliciosa es un placer en los males de los demás[29]. Pero ambas han nacido de una pasión salvaje y feroz, la malignidad.

D 7. Tan penoso es para cada uno la revelación de sus propios males, que muchos mueren antes que manifestar a los médicos alguna enfermedad secreta. Supongamos que Herófilo[30], Erasístrato[31] o el propio Asclepio, cuando era hombre[32], con sus medicamentos e instrumentos se presentara de casa en casa y buscara información de si alguien tiene una fístula en el ano o una mujer un cáncer en la matriz. Y, sin embargo, la curiosidad en esta profesión es salvadora. Pero cualquiera, a mi parecer, habría expulsado a alguien tal, porque sin aguardar un requerimiento había venido, no invitado, a observar males ajenos. Pero los entrometidos investigan estas mismas cosas y las que aún son

---

[29] Cf. *Stoic. rep.* 1046B. Cf. Von Arnim, *SVF*, III, frag. 672.

[30] Era de Calcedón y vivió a principios del s. III a. C. Aprendió la medicina en Cos y ejerció en Alejandría, donde los Ptolomeos seguramente favorecieron sus investigaciones. Hizo grandes avances en la anatomía. El conocimiento de su obra procede fundamentalmente de Galeno.

[31] De Ceos y más joven que el anterior (segunda mitad del s. III a. C.). Probablemente estudió filosofía en Atenas antes que medicina en Cos. Trabajó asimismo en Alejandría, donde perfeccionó los descubrimientos de Herófilo en anatomía. Fue el cirujano y médico más sobresaliente del período helenístico.

[32] Hijo de Apolo y de una mortal, Corónide. Fue educado por el centauro Quirón, de quien aprendió el arte de curar. Recibió la categoría de dios de la medicina después de su muerte.

peores que éstas, no para curarlas sino sólo para descubrir- E
las; de ahí que sean odiados con razón. Pues también nos
molestan y disgustan los aduaneros, no cuando sacan las
cosas que importamos abiertamente, sino cuando buscando
las ocultas revuelven en equipajes y bultos ajenos. No obs-
tante la ley les concede hacerlo, y reciben un daño si no lo
hacen. Pero los entrometidos arruinan y desatienden lo suyo
propio por ocuparse en lo ajeno. Raramente van al campo,
porque no soportan la tranquilidad y el silencio de la sole- F
dad. Pero si se presentan al cabo del tiempo, miran más las
viñas de sus vecinos que las suyas. Se informan de cuántos
bueyes del vecino han muerto o de cuánto vino se le ha
puesto agrio. Repletos de estas noticias se marchan corrien-
do. El verdadero campesino, aquel famoso, ni siquiera acep-
ta con gusto el relato que viene espontáneamente de la ciu-
dad, diciendo:

Después, mientras cava me dirá 519
en qué condiciones se ha hecho la paz,
pues se pasea el maldito curioseando eso[33].

8. Los entrometidos, huyendo la vida del campo co-
mo una cosa rancia, fría y sin tragedia, se lanzan al merca-
do, a la plaza y a los puertos: «¿No hay algo nuevo?»; «Pues
¿no estabas esta mañana temprano en la plaza? ¿Y qué? ¿En
tres horas crees que la ciudad ha cambiado sus institucio-
nes?». Sin embargo, si alguien puede decirle algo de ese
orden, bajando del caballo y estrechándole la mano y des-
pués besándosela, queda a la escucha. Pero, si quien le en-
cuentra le dice que no hay nada de nuevo, como apesadum- B
brado, le replica: «¿Qué dices? ¿No has estado en la plaza?
¿No has pasado por el cuartel general? ¿Ni siquiera te has

[33] Kock, *CAF*, frag. 347 *adesp.* Cf. *Garr.* 511E.

encontrado con los que han llegado de Italia?». Por eso los magistrados locrios hacían bien, pues cuando alguien que venía de viaje se les acercaba y preguntaba: «¿No hay nada de nuevo?», le multaban. Pues como los cocineros desean una buena producción de animales[34], los pescadores abundancia de peces, así los entrometidos desean abundancia de males y multitud de asuntos, novedades y cambios, para poder constantemente pescar o degollar algo.

También hizo bien el legislador de Turios[35], porque prohibió que se hiciera burla en el teatro de los ciudadanos, con la excepción de adúlteros y entrometidos. En efecto, el adulterio parece ser como un entrometimiento en el placer
c ajeno, búsqueda e investigación de cosas guardadas y ocultas a la mayoría y, a su vez, el entrometimiento es un fisgoneo, destrucción y despojamiento de cosas secretas.

9. Pues bien, al mucho aprender resulta seguir el mucho hablar (por eso también Pitágoras ordenó a los jóvenes un silencio de cinco años, al que llamó «retención de palabras»[36]), pero a la indiscreción[37] es forzoso que acompañe la maledicencia. Pues lo que se escucha con placer, se cuenta con placer; y lo que se recolecta con cuidado de unos, se transmite con alegría a otros. Por eso para ellos, junto con los demás males, su enfermedad es además un

---

[34] Los cocineros desempeñaban asimismo el oficio de carniceros.

[35] Carondas, de Catania en Sicilia, hizo leyes para varias ciudades griegas de Occidente en el s. VI a. C.

[36] También en la *Vida de Numa* (65B) y en *Quaest. conv.* 728E-F se habla de la *echemythía* como de un precepto pitagórico. Véase asimismo *Sobre la vida y poesía de Homero* 149 (VII, pág. 420 BERNARDAKIS); LUCIANO, *Subasta de vidas* 3.

[37] Cf. *Garr.* 508C.

obstáculo para sus deseos[38]. Pues todos se precaven de ellos D
y se ocultan. Ni pueden hacer nada a la vista de un entrometido ni decirlo a gusto si les escucha, sino que demoran consultas y difieren exámenes de asuntos hasta que el tal desaparece. Y si, cuando se presenta una discusión secreta o se concluye un negocio de cuidado, aparece un entrometido, lo quitan de enmedio y lo ocultan, como si una comadreja acudiera a la comida, de tal modo que, muchas veces, lo que se dice y se contempla por los demás se vuelve secreto e invisible para ésos solos.

Por eso el entrometido carece de cualquier confianza[39]:
confiamos más a servidores y extranjeros cartas, papeles y E
sellos que a amigos y familiares curiosos. Aquel noble Belerofonte[40] no desplegó la carta que llevaba contra sí mismo, sino que por su continencia se liberó de la carta del rey como lo hizo de la esposa de aquél. Pues el entrometerse es propio de la incontinencia como también el cometer adulte-
rio y, además de la incontinencia, da muestra de una terrible F
insensatez y necedad. Pues el lanzarse, después de haber recorrido tan gran número de mujeres comunes y públicas, sobre la encerrada y rica —que muchas veces es, como se da el caso, incluso bastante fea— es un exceso de locura y demencia. Pero esto mismo hacen los entrometidos: dejando de lado muchas cosas dignas de contemplar y de oír, ocios y entretenimientos, excavan en las cartas ajenas, pegan la oreja a las paredes de los vecinos y susurran a criados y mujerzuelas, frecuentemente no sin riesgo, pero siempre con deshonor.

---

[38] Cf. *Garr.* 502E-F.

[39] Cf. *Garr.* 503C-D.

[40] *Ilíada* VI 168.

10. Por eso un método sobre todo útil, en cuanto es po-
520 sible, para apartar a los entrometidos de su mal es el recuer-
do de lo que han conocido previamente[41]. Pues como Si-
mónides decía que, al abrir sus cofres al cabo del tiempo,
encontraba siempre lleno el de los dineros, pero vacío el de
la gratitud[42], así si se abre la despensa de la curiosidad al
cabo de un tiempo y se rebusca en ella, llena de muchas
cosas inútiles, vanas y desagradables, quizás al entrometido
le ofendería su actividad, al aparecérsele totalmente ingrata
y superflua. Supongamos, pues, a alguien que recorriera los
escritos de los antiguos, seleccionara los peores pasajes de
ellos y hubiera compuesto un libro, por ejemplo, con los
versos acéfalos de Homero[43], los solecismos de los trágicos
B y las frases inconvenientes y licenciosas que Arquíloco[44] di-
rigió contra las mujeres, haciendo de sí mismo un triste mode-
lo; ¿acaso no es digno de la maldición del autor trágico,

Ojalá perezcas, compilador de las desgracias de los morta-
[*les?*[45].

E incluso sin la maldición, su atesoramiento de faltas ajenas es inoportuno y carente de provecho. Es como la ciudad que fundó Filipo con los seres peores y más groseros y que llamó Villapeor[46].

---

[41] Este capítulo es comparable al 19 y final del *De vitioso pudore* (536C-D), donde se invoca la experiencia para enderezar este vicio.

[42] Comparación similar en *Ser. num. vind.* 555F, donde el cofre contiene plata.

[43] Los hexámetros acéfalos carecen de la sílaba inicial larga. De versos anómalos por defecto habla también PLUTARCO en *Pyth. or.* 397D en relación a las profetisas que componían mal los hexámetros. En *Cons. ad ux.* 611B se hace una comparación semejante a la de nuestro texto.

[44] Cf. *Aud.* 45A.

[45] NAUCK^2, *TGF*, 388 *adesp.*

[46] JACOBY, *Frag. d. gr. Hist.*, II B, pág. 561, TEOPOMPO, frag. 110.

Pues bien, los entrometidos, no recogiendo y reuniendo errores, faltas y solecismos de versos y poemas, sino de vidas, llevan consigo su memoria como un archivo vulgar y triste de males. Como en Roma hay quienes no tienen en c estima alguna pinturas y estatuas y, por Zeus, la belleza de muchachos y mujeres a la venta y se vuelven al mercado de monstruos, examinando a los sin piernas, a los bracicortos[47], a quienes tienen tres ojos y a los de cabeza de avestruz, buscando si ha nacido alguna

mixta imagen y monstruo desdichado[48],

pero si se les lleva continuamente ante tales espectáculos, esta actividad les procurará rápidamente saciedad y náuseas, así quienes se entrometen en las faltas de la vida y vergüenza en los nacimientos, deterioros y negligencias en casas D ajenas, que recuerden que de los primeros nunca les llegó favor ni provecho.

11. Sin embargo, es de máxima ayuda para apartar esta pasión el hábito, si desde pronto comenzamos a ejercitarnos y enseñarnos a nosotros mismos nuestro propio dominio. Pues también el aumento de esta enfermedad ha ocurrido por el hábito, al ir avanzando poco a poco. De qué manera, lo sabremos al discutir a un tiempo sobre su ejercicio. En primer lugar, pues, comencemos por las cosas más pequeñas e insignificantes. Pues ¿qué dificultad hay en no leer las inscripciones sobre las tumbas en los caminos o qué de molesto en pasar la vista en los paseos sobre las letras de los E

---

[47] Literalmente «brazos de comadreja». Este animal, de patas delanteras muy cortas, vivía en las casas griegas como animal doméstico con las funciones del gato.

[48] Nauck², *TGF*, frag. 966 Eurípides; véase *Vida de Teseo* XV (6D).

muros, sugiriéndonos a nosotros mismos que nada útil ni placentero está escrito en ellos, sino «Recuerda» fulano a mengano «para su bien» o alguno aquí es «el mejor de los amigos», y muchas cosas llenas de semejantes naderías? Estas cosas parece que no dañan al ser leídas, pero dañan al pasarnos inadvertido que nos sugieren la práctica de investigar lo que no nos concierne. Y como los cazadores no permiten a los cachorros volverse y perseguir cualquier olor, sino que los arrastran por las correas y los sujetan, guardando puros y sin mezcla sus sentidos para su propia tarea, para que se encuentren sobre las huellas con más fuerza

F *olfateando tras los pasos de las fieras*[49],

así es menester suprimir las carreras y paseos del entrometido sobre cualquier vista o audición y, vigilantes, tenderlos en cambio hacia cosas de provecho. Como las águilas[50] y los leones en su marcha contraen las garras hacia dentro para no gastar la agudeza de sus extremos, así, al considerar
521 que la curiosidad de quien quiere saber posee cierta punta y filo, no los desperdiciemos ni los embotemos en cosas inútiles.

12. En segundo lugar, acostumbrémonos, al pasar delante de una puerta, a no mirar dentro ni a prender con la mirada de la indiscreción, como con una mano, en los que están en su interior, sino tengamos disponible el dicho de Jenócrates[51], quien decía que en nada difiere poner los pies o los

---

[49] De un poeta desconocido.

[50] Cf. *Soll. anim.* 966C-D, donde sólo se habla del león. Lo poco adecuado del paso para un águila ha hecho que Pohlenz sugiera una corrupción del pasaje, debiendo leerse *ailouroi*, 'gatos', en lugar de *aetoí*.

[51] Jenócrates de Calcedonia, discípulo de Platón, fue escolarca de la Academia (399-314) a continuación de Espeusipo. Aunque se le atribuyen

ojos en casa ajena, porque el espectáculo no es ni justo ni bello ni siquiera agradable:

Horrible de contemplar es el interior, extranjero[52].

En efecto, la mayoría de lo que hay en las casas es así, cacharros de cocina por los suelos, criaditas sentadas y nada de interés ni grato. Pero esa mirada de través que distorsiona B
el alma y esa ojeada furtiva son vergonzosas y su hábito pernicioso. Así Diógenes, cuando vio que Dioxipo, el vencedor olímpico, entrando en su carro, no podía apartar sus miradas de una hermosa mujer que contemplaba el cortejo, sino que se retorcía al fijar su vista, dijo: «Ved al atleta desnucado por una niñita»[53]. Podrías ver a los entrometidos desnucados y torcidos por cualquier espectáculo similar, cuando les sobreviene el hábito y la práctica de dirigir su mirada por todas partes. Pero no se debe, a mi parecer, dejar C
extraviar hacia fuera ese sentido, como a una sirvienta mal educada, sino que enviado por el alma a sus negocios, se encuentre con ellos y dé su mensaje. Después que vuelva a estar decorosamente dentro de la razón y se aplique a ella. Y ahora son oportunos los versos de Sófocles:

Después los potros sin bocado del eniane
le llevan con violencia[54].

Los sentidos que no han conseguido, como decíamos, una educación ni una ejercitación correcta empujando hacia

---

más de 70 obras, no se conocen por haberse perdido. Pero quizás su labor principal fue la de sistematizar la filosofía de su maestro.

[52] NAUCK², *TGF*, frag. 790 EURÍPIDES, probablemente de su *Filoctetes*.

[53] ELIANO, *Varia historia* XII 58.

[54] *Electra* 724-725.

adelante y arrastrando consigo la inteligencia la arrojan con frecuencia donde no se debe. Por eso es una falsedad aque-
D lla historia de Demócrito[55]: que voluntariamente extinguió su vista fijándose en un espejo ardiente y recibiendo de él su reflejo, para no proporcionar turbación a su inteligencia llamándola desde fuera muchas veces, sino permitir que viviera retirada y se ocupase de lo inteligible, como si unas ventanas que dan a la calle estuviesen cerradas. Es, sin embargo, esto otro más verdad que cualquier cosa: mueven menos sus sentidos quienes más usan su inteligencia[56]. Así, en efecto, se construyeron los museos[57] lo más lejos posible de las ciudades y a la noche se la llamó Éufrone[58], por pensar que su sosiego y continuidad era una cosa grande para el examen y descubrimiento de lo investigado.

E **13.** Sin embargo, tampoco es esto[59] cosa dura y difícil: no acercarse en la plaza cuando hay personas que se reprochan e insultan unos a otros o permanecer sentado cuando se produce una carrera de mucha gente por algún motivo, y, si no puede uno contenerse, levantarse e irse. Mezclarte con entrometidos no te hará gozar de nada provechoso, pero te ayudarás grandemente al apartarte con fuerza de la curiosidad y, al disminuirla, acostumbrarte a obedecer a la razón.

A partir de ahí está bien intensificar la ejercitación y pasar de largo ante el teatro cuando se está realizando una

---

[55] Diels-Kranz, *Die Frag. der Vors.*, II, pág. 89, A 27.

[56] Plutarco piensa quizás en un pasaje del *Fedón* platónico, el 66a.

[57] Museo es todo lugar dedicado al cultivo de las artes y las ciencias, como el de Alejandría, aunque otras ciudades tuvieron esa institución, a imitación del que fue fundado por Ptolomeo Soter.

[58] Éufrone significa 'benevolente'. Para su uso en el sentido de noche cf. Esquilo, *Agamenón* 265.

[59] Remedios semejantes a los impartidos en el cap. 11 (520D).

audición de éxito, rechazar a unos amigos que te toman para F
ir a una representación de baile o de comedia y no volverse cuando se produce un griterío en el estadio o en el hipódromo. Pues como Sócrates aconsejaba abstenerse de cuantos alimentos nos incitan a comer sin tener hambre y de cuantas bebidas nos animan a beber sin tener sed[60], así tenemos que abstenernos nosotros también de espectáculos y audiciones y huir de cuanto nos domina y atrae sin necesidad alguna. Así Ciro no quería ver a Pantea[61] y, cuando 522
Araspes le decía que la belleza de esta mujer era digna de contemplar, le dijo: «Pues bien, por eso he de evitarla más, porque si, persuadido por ti, llegara ante ella, quizás ésta me convencería de nuevo y sin descanso la frecuentaría y la complacería y, sentado a su lado, descuidaría muchos asuntos dignos de atención». De modo semejante Alejandro ni siquiera llegó a ver a la esposa de Darío, de quien se decía ser bellísima, pero frecuentaba a su madre, que era una anciana, y no se atrevió a ver a la hija joven y hermosa[62]. Nosotros, en cambio, lanzamos miradas en las literas de las mujeres y nos suspendemos de sus ventanas y, sin pesar en cometer falta alguna, hacemos nuestro entrometimiento así B
de resbaladizo y deslizante ante cualquier cosa.

14. Pues bien, es posible incluso por la práctica de la justicia omitir alguna vez una ganancia justa para acostumbrarte a ti mismo a estar lejos de las injusticias y, del mismo modo, por la templanza abstenerse en alguna ocasión de la mujer propia para no ser nunca atraído por una ajena. Aplicando esta costumbre a tu entrometimiento prueba también

[60] Cf. *Garr.* 513D.

[61] Cf. Jenofonte, *Ciropedia* V 1, 8; *Aud.* 31C.

[62] Cf. *Vida de Alejandro* XXII 5 (677A-B); *Fort.* 97D; *Alex. fort. virt.* 338E.

a no escuchar ni ver en ocasiones algunas de tus cosas y, si alguien quiere anunciarte algo sucedido en tu casa, a rechazarle y renunciar a oír palabras que parecen haber sido dichas sobre ti. En efecto, a Edipo también la indiscreción le sumió en los mayores males. Investigándose a sí mismo en
c la idea de no ser corintio, sino extranjero, se encontró con Layo y, después que lo mató y tomó a su madre como esposa junto con el reino, investigaba de nuevo sobre sí mismo, aún creyendo ser dichoso. Cuando su mujer no se lo permitía, aún más ponía a prueba al anciano que era sabedor, empleando todo género de violencia. Finalmente, cuando el asunto ya le rodeaba de sospecha y el viejo gritó:

¡Ay de mí! Estoy ante lo más terrible de decir[63],

sin embargo, encendido y agitado por su pasión, le responde:

Y yo de oír. Sin embargo he de oírlo[64].

Así el cosquilleo de la curiosidad es dulce-amargo e incon-
D tenible, como una herida que sangra cuando se rasca. Pero quien se aparta de esta enfermedad y es benigno por naturaleza, ignorante de cualquier desagrado podría decir:

¡Oh venerable olvido de los males, cuán sabio eres![65]

15. Por eso debemos también acostumbrarnos a estas cosas: no abrir rápidamente ni a toda prisa una carta que nos han entregado, como hace la mayoría, si las manos son

---

[63] Sófocles, *Edipo Rey* 1169. Habla el pastor que le salvó en el Citerón.

[64] *Ibid.*, 1170.

[65] Eurípides, *Orestes* 213.

lentas, mordiendo con los dientes las ataduras; no acudir corriendo ni levantarse si ha llegado de alguna parte un mensajero; cuando un amigo dice: «Puedo contarte algo nuevo», contestar: «Más bien si tienes algo útil o de provecho».

Una vez que estaba yo haciendo en Roma una lectura pública, aquel famoso Rústico[66], a quien después mató Do- E
miciano por envidia de su fama, me estaba escuchando, cuando pasó por medio un soldado y le entregó una carta del emperador. Se hizo un silencio y yo me interrumpí, para que leyera la carta. Él no quiso, ni la desató antes de que yo terminara mi lectura y se disolviera el auditorio. Por tal razón admiraron la gravedad de este hombre.

Pero cuando alimentando la curiosidad con cosas que están permitidas se la hace fuerte y violenta, ya no se es capaz de dominarla fácilmente, llevada por la costumbre hacia lo que está prohibido. Éstos abren las cartas de sus amigos, se deslizan en reuniones secretas, se hacen especta- F
dores de cultos sagrados que no es lícito ver, pisan lugares prohibidos, rastrean en hechos y dichos de los reyes.

16. Sin embargo, a los tiranos[67], a quienes es fuerza saber todo, los hace más odiosos la raza de los llamados «oídos» y de los espías. Darío el Bastardo[68] fue el primero que tuvo «oidores», por desconfiar de sí y sospechar y temer a todos. Los Dionisios mezclaron espías entre los sira- 523
cusanos, por lo cual en la revolución fueron éstos los primeros a quienes detuvieron y ejecutaron a bastonazos los

[66] Aruleno Rústico, condenado a muerte en el 93 d. C. Cf. TÁCITO, *Agrícola* II 1; DIÓN CASIO, LXVII 13; SUETONIO, *Domiciano* X 3.

[67] ARISTÓTELES, *Política* V (VIII) 9, 3 (1313b 12 ss).

[68] Llamado Oco antes de su subida al trono de los persas (423 a. C), fue uno de los diecisiete hijos bastardos de Artajerjes I.

siracusanos[69]. En efecto, la raza de los delatores procede de la hermandad y de la familia de los entrometidos. Pero los delatores buscan si alguien ha decidido o cometido un mal. En cambio los entrometidos rebuscando incluso en las desgracias involuntarias de sus vecinos las sacan al medio. Se dice incluso que el llamado *aliterio*[70] ha sido por vez prime-
B ra nombrado así por su amor al entrometimiento. Pues cuando hubo en Atenas, según parece, una gran hambruna y quienes tenían trigo no lo sacaban, sino que lo molían ocultamente por la noche en sus casas, yendo algunos alrededor acechaban el ruido de las muelas y de ahí fueron llamados *aliterios*. De forma semejante nació el nombre de *sicofante*[71]. Cuando se prohibió exportar higos, quienes delataban y mostraban a los que los sacaban fueron llamados *sicofantes*. Y no es inútil que reflexionen sobre esto los entrometidos, para que se avergüencen de la semejanza y parentesco de su ocupación con los que son más odiados y aborrecidos.

---

[69] Cf. *Vida de Dión* XXVIII (970B-C).

[70] Este término, que significa propiamente 'criminal', está derivado aquí por Plutarco del verbo *aleîn*, 'moler', como puede verse de la explicación que sigue. En *Quaest. graec.* 297A propone otra etimología, relacionándolo con *aleúasthai*, 'evitar'.

[71] Este nombre es de un origen poco claro. Tal como se expone aquí procedería de *sŷkon*, 'higo', y *-phántēs* (de *phaínō*, 'revelar'). Cf. *Vida de Solón* XXIV 2 (91E) y Ateneo, 74E-F.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Págs.